

EL REALISMO POLITICO DE VEGAS LATAPIE

POR

RAFAEL GAMBRA

Con Eugenio Vegas ha perdido VERBO su inspirador originario y el constante aliento doctrinal y humano que él proporcionó durante los veinticinco años de su andadura. Y todos, en *Speiro*, hemos perdido un amigo entrañable y un verdadero maestro.

Vegas, centro de tantas tertulias de correligionarios y admiradores, figura de constante referencia en las reuniones de estudio en VERBO, tenía algo de pensador y algo de iluminado. Me vienen a la pluma tres ideas que le habíamos oído repetir mil veces: *las ideas gobiernan a los pueblos* era una de ellas. Esta frase de Fichte no tenía en sus labios resonancia alguna del *Kulturkampf* paganizante: era sólo la confluencia lógica de la racionalidad del hombre y de su naturaleza social o política. Otra de esas frases era: *los pueblos son lo que quieren sus gobernantes*: ningún atisbo en ella de caudillismo nietzscheano, sino eco en sus labios del inmenso aprecio que Santo Tomás mostró por la augusta misión de los reyes. La tercera, en fin, era el famoso imperativo de Maurras: *politique d'abord*. Tampoco este designio tenía en boca de Eugenio Vegas la menor concomitancia con la fisiología social que el positivismo había inoculado en el pensamiento de la *Acción Francesa*, sino que, antes bien, era para él fruto de una universal experiencia y antítesis dialéctica de la funesta «indiferencia de las formas de gobierno», que había sido lugar común para las democracias cristianas del último siglo.

El objetivo de este contexto de ideas y convicciones no podía ser otro que la creación de una revista —y de un movimiento— de pensamiento católico tradicional, vertida (siempre en un plano teórico) hacia el derecho público y la política. Este fue el designio que Vegas inspiró a los hombres que vienen haciendo VERBO desde 1960. Y ello porque «las ideas gobiernan a los pueblos», porque «los pueblos son lo que quieren sus gobernantes», porque,

aun apoyándose en un sustrato ideológico, «la reconstrucción que necesitamos debe comenzar por el orden político». Vegas supo transportar la antorcha de la fe y de la esperanza desde *su lucha*, que había culminado en la conspiración y en el Alzamiento victorioso, a través del desierto político que impusieron a España las primeras décadas del franquismo, hasta entregarlas a sus actuales continuadores. Discípulos y sucesores a los que no ha caído la suerte de luchar y vencer en un momento dado como a Eugenio Vegas, pero que pueden, esto sí, *sembrar* para una más sólida victoria en el futuro, tal como sugiere el propio nombre de *Speiro*.

La mente privilegiada de Vegas sobresalía por dos condiciones en grado eminente: un entendimiento vivísimo y una memoria fuera de lo común. Por el primero llegaba al fondo de las cuestiones sin dejarse jamás abatir por sombrío que se le ofreciera el diagnóstico; por la segunda, Eugenio Vegas era un archivo viviente de toda su larga experiencia personal y de lo mucho que había aprendido. En sus últimos años la memoria había primado sobre las otras facultades, como acontece con la edad, y resultaba difícil traerle al presente, y más aún al futuro, pero su narración del pasado político y religioso de España y de Francia era tan vivaz, exacta y rica en enseñanzas que todos nos sentíamos felices cuando, en las reuniones de *Speiro*, se decidía a tomar la palabra.

Su pensamiento podría definirse como un tradicionalismo esquizofrénico y realista. Muy característica de Vegas era esta secuencia de ideas: el romanticismo de finales del siglo XVIII y del XIX no consistió en una mera rebeldía contra los estrechos cánones del neoclasicismo (unidades escénicas, academismo arquitectónico, etc.), ni menos en una reivindicación del Medioevo en sus bases religiosas, sino más bien en una rebeldía profunda contra el orden, contra todo orden, y eminentemente contra la idea de una ley natural. Una reivindicación sin límites de la humana espontaneidad, de las pasiones contra la norma, un espíritu dionisíaco asumido y magnificado. La tragedia clásica expresaba las pasiones humanas, pero para someterlas a la razón o para enfrentarlas con el destino vengador. El romanticismo es la negación del pecado

original, y, por lo mismo, la exaltación del instinto frente a la razón, de la rebeldía contra toda forma de autoridad humana o divina. El arquetipo del romanticismo fue Rousseau en su «buen salvaje», aquel hombre inocente y puro al que la sociedad y la religión malean; y de él deriva directamente la democracia moderna, es decir, el gobierno del hombre por el hombre, la negación de la religión como norte de la vida humana y cimiento de los pueblos. «El romanticismo —ha escrito—, que en religión se manifiesta como deísmo o ateísmo, se identifica en política con la democracia». Democracia que, por ello mismo, no es mala *per accidens* (por su mala aplicación o por la falta de preparación para ella), sino *per se*, porque arranca de una imagen falsa del hombre y se rebela contra sus raíces naturales.

El siglo verdaderamente amotinado contra Dios fue el XVIII, el siglo de «los filósofos», particularmente de Rousseau: lo demás son consecuencias, por más que nuestra época toque las finales, aquellas que no se ven ya contrarrestadas por el sedimento de fe y de costumbres que la corriente del pasado conservaba. Consecuencias de la democracia han sido la anarquía de las almas y el enervamiento de la autoridad en su ejercicio y en su continuidad. Estas consecuencias han sido particularmente graves en España, cuya unidad nacional se cimentó en la fe católica, y cuyo pueblo es muy proclive a extraer rápidamente las consecuencias de las premisas doctrinales. De aquí que los únicos períodos de paz interior y prosperidad durante el último siglo hayan sido aquellos en que una dictadura suspendía el ejercicio de la democracia. Frente a la anarquía moral y política sólo cabe el restablecimiento de la autoridad; es decir, el régimen a la vez personal y corporativo que es la monarquía —la verdadera monarquía—, régimen sacralizado que, por la misma naturaleza de las cosas, se hace hereditario. Vegas hacía suyo el dilema de Charles Benoist: «o la democracia, y entonces no hay gobierno; o un gobierno, pero entonces la monarquía».

Influyeron decisivamente en el pensamiento de Eugenio Vegas Donoso Cortés, Menéndez Pelayo, Marcial Solana, Maurras, y, en su segunda época, la obra de Jean Ousset. El paso del tiempo

y su constante apartamiento de los cargos políticos y de las corrientes en boga, han hecho que la figura de Vegas resulte hoy desconocida del lector medio; sin embargo, ha de citársele entre aquellas que han tenido un protagonismo histórico en la vida política española de los últimos sesenta años y entre aquellas que nunca faltaron a esas citas con la historia por las que su protagonismo, para bien de su patria, hubiera podido ser mayor, por ventura, decisivo. Si no obtuvo de ellas el fruto esperado no fue por su falta o negligencia.

Ha sido frecuente, sin embargo, acusar a Eugenio Vegas de utopismo, tanto en su pensamiento como en su nunca desmentida actitud política. Es una muestra más del historicismo cronolátrico que domina en nuestro ambiente espiritual: según él, cuanto es o ha sido *tenía que haber sido*, al paso que lo que no fue *nunca pudo haber sido*, porque es utópico. Para esta mentalidad, la historia es como la corriente de un gran río sagrado que eleva sobre sus espumas cuanto merece ser, y orilla o hunde en su seno cuanto es de suyo inviable. Si el sistema político que propugna un autor no ha llegado a realidad es que era inviable; lo que está vigente, en cambio, se justifica por su propia existencia. Pragmatismo e historicismo son consecuencias finales de la mentalidad romántica que con tanta precisión describe Vegas. Si el hombre, desligado de toda norma, no reconoce punto alguno de referencia fuera de sí, el sentido del proceso histórico habrá de buscarse en una supuesta dialéctica racional que habrá de reconocerse en lo realmente prevalente. Hegel, cima del romanticismo decimonónico, se las arregló para reconocer sus fases dialécticas en los estadios de la historia real.

En rigor, Vegas fue todo lo contrario de un ideólogo utopista. Creía en el libre albedrío humano actuante sobre la historia, y creía en el hombre, pese a la influencia sobre él del pecado original. En su juventud, coincidente con los últimos años de la monarquía, no aceptó como tantos otros que la República y la revolución fueran hechos ineluctables, y supo enfrentarse a ellas en la calle, en la Universidad, en la Academia de Jurisprudencia y en cuantos medios frecuentaba. Incluso, en un esfuerzo heroico por

salvar la leve sombra de autoridad que aún representaba aquel régimen, se fue, él solo, a explicar a don Alfonso XIII lo que podría hacerse para galvanizar el espíritu monárquico y salvar la corona. De que nada se intentara en aquella especie de suicidio político, podrá culparse a muchos, quizá a casi todos, pero no ciertamente a Eugenio Vegas. Muy poco después viviría el tremendo desarme moral y la completa carencia ideológica que rodearían a la abdicación del rey y a la proclamación de la II República.

Aquella amarga experiencia le hizo afirmarse en la idea de que, cualquiera que fuese el medio de restaurar el orden y la monarquía, de nada serviría sin un previo o simultáneo rearme espiritual. Las ideas mueven a los pueblos, aunque puedan ayudar las armas al desplazamiento del desorden. Este fue el designio de *Acción Española*, aquella revista de factura tan moderna en su época que resulta grata a la vista aun después de medio siglo, y de contenido tan denso como esperanzador. La labor infatigable de Eugenio Vegas logró reunir para esta empresa colaboraciones y recursos económicos de todos los sectores realmente contrarrevolucionarios. En ella colaboraron tradicionalistas como Víctor Pradera y Javier Reina (Fabio), con monárquicos de otra lealtad dinástica tan ilustres como Calvo Sotelo y Ramiro de Maeztu, por no citar más que a algunos de los que, cuatro años más tarde, rubricarían con su sangre el testimonio que prestaron en aquellas páginas. *Acción Española* y los libros que de esa revista emanaron bajo la rúbrica de «Cultura Española», fueron el principal soporte ideológico del Alzamiento Nacional de 1936. Ya iniciado éste, a las pocas semanas de su comienzo, cuando Franco sólo era todavía jefe de la columna expedicionaria de Marruecos, adivinó Vegas el papel decisivo que habría de jugar en el Nuevo Estado, solicitó de él audiencia durante su estancia en Cáceres, y, como hiciera con don Alfonso, trató de exponerle las bases posibles de una política cristiana. Nadie puede calibrar si aquella entrevista tuvo efectos, ni, en caso positivo, en qué medida los tuvo. Pero, como seis años antes, Vegas demostró su realismo político, su fe en los hombres, en su libre albedrío y en su protagonismo histórico.

Transcurren otros seis años: Eugenio Vegas participa en un

intento fallido para enderezar la política totalitaria a que Franco se había lanzado del brazo de su cuñado Serrano Súñer. Esto le vale el destierro. Y es en esta época de su exilio en Suiza (1947) cuando le viene a las manos un último intento de influir sobre los hombres llamados a escribir la historia. Don Juan de Borbón le confía la formación de su hijo don Juan Carlos, presumible heredero de la Corona. Vegas puso en este cometido toda su fe y todo su cariño. La edad del príncipe, sin embargo, era muy temprana, lejos todavía de esos años de la adolescencia en que se forman las convicciones y las lealtades. Llegados para el príncipe esos años, serían ya otros maestros y otras manos los encargados de esa formación.

Sumadas todas estas ocasiones por él buscadas y por él aprovechadas con todo entusiasmo, ¿podría imaginarse una vida menos utópica, más vertida sobre la *praxis* cercana, sobre la salvación concreta —aquí y ahora— de su patria? Quien le acusa de utopista por haberse opuesto tanto a la orientación pro-fascista del Estado por el que había luchado (1942) como a la democracia liberal de la nueva monarquía (1976) parece suponer que no existe otra alternativa política que el totalitarismo o la democracia de partidos, lo que pone bastante en entredicho la significación misma del que tal afirma. Vegas fue rectilíneo en sus convicciones, y si sufrió desencantos en la política de su tiempo y hubo de aceptar la perpetua marginación, fue por la deslealtad o desviación de quienes gobernaban, no por su inadaptación o su utopismo.

Por más que hablase a menudo de «sus ideales», Eugenio Vegas concebía a la monarquía tradicional que él propugnaba como el régimen natural de los pueblos, al modo de Maurras, pero en una visión exenta de concomitancias con la física social de Comte; por ende, algo no sólo viable prácticamente, sino equilibrio obligado entre los movimientos pendulares de nuestra época. Ese pensamiento político podría resumirse en estos tres puntos: una unidad religiosa —católica— que sirva de norte e inspiración para las leyes y, en lo posible, para las costumbres; una monarquía hereditaria en la que el rey reina y gobierna y que, tanto por su educación para el oficio de rey como por su situación que lo libra

de ambiciones y lo responsabiliza plenamente, ofrece las mejores garantías posibles; una representación orgánica del cuerpo social que limita el poder real con el derecho y con las demandas de los países históricos y las corporaciones. Esta idea orgánica de la sociedad no procedía en Vegas de Ahrens ni del krausismo, como ha pretendido algún comentarista, ni de Le Play ni de Spencer, sino de la antigua y tradicional monarquía con los tres brazos de sus Cortes y con la doble representación, en el estamento de comunidades, de los municipios y los gremios.

La experiencia confirmó a Vegas en múltiples ocasiones la viabilidad —y aun la necesidad— del sistema que él defendía, adaptado a las necesidades de la época. Cuando el Generalísimo Franco quiso establecer los principios fundamentales del Nuevo Estado hubo de apelar al esquema doctrinal que proponía, con Vegas, el tradicionalismo, por más que la *praxis* del régimen no respondiera demasiado a esa teoría. Posteriormente, democracias como las de Norteamérica y Francia han tenido que recurrir al sistema presidencialista para reforzar la debilidad innata del poder democrático; y hoy, en nuestra misma patria, irrumpen los sindicatos independientes —no políticos— como una necesidad laboral y representativa, tornando así al profesionalismo de las antiguas corporaciones gremiales.

Cabe preguntarse por qué un tradicionalista político puro como Vegas no se adhirió al Carlismo, que representaba sus ideas, sino que permaneció adherido a la rama dinástica que fue portaestandarte del liberalismo. La respuesta ha de buscarse, a mi juicio —y aparte de razones de fidelidad familiar—, en ese mismo realismo político que vengo comentando. El, que conocía a Franco, pensaba que esa rama dinástica tendría posibilidades de ser restaurada en el Trono, y no así la carlista, carente de sucesión directa y de apoyos influyentes en la sociedad. Pensaba también que la vinculación demócrata-liberal de aquella rama dinástica podría resultar episódica y superarse tras la terrible experiencia de la guerra. En lo primero acertó; en lo segundo se equivocó, por más que él hubiera trabajado por hacerlo real. Y una vez que vio frustrarse o alejarse sus objetivos políticos y religiosos, Vegas no

se retiró a un aislamiento resentido, sino que se apresuró a tomar posiciones para una lucha a largo plazo. Fruto de esta actitud ha sido la obra de siembra y difusión de ideas que constituye la revista VERBO.

Entre los comentarios a la vida y la obra de Eugenio Vegas con motivo de su fallecimiento se ha encontrado también la curiosa idea de que su pensamiento político, si no fue utópico, *de-vino* utópico, es decir, se convirtió en una utopía o un imposible histórico al verse desasistido de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II y desautorizado por la realeza hoy restaurada (1).

Este juicio me recuerda aquella norma de la metodología escolástica que decía: el que demuestra demasiado no demuestra nada. Si una Declaración conciliar de un Concilio no dogmático (la *Dignitatis humanae*) hubiera de tomarse como palabra de Dios, y si la actitud política de un príncipe aquí y ahora hubiera de recibirse como el dictamen del Destino, serían entonces muchas las cosas que habría que enterrar. No sólo el pensamiento político de Vegas, sino también el de todos nuestros clásicos, y las enseñanzas político-religiosas de los pontífices anteriores —uno de ellos santo—, y la historia de España, y la historia de la Cristiandad, y, por supuesto, el pensamiento político y la biografía del propio comentarista, que tendría asimismo que autoenterrarse.

Creo que en esto también nos sirve de ejemplo, el prudencialismo realista de Eugenio Vegas: las cosas serias deben tratarse con seriedad y no deben confundirse las convicciones profundas con el oportunismo político. Ante hechos históricos de gravedad extrema, supo Vegas tomar sus distancias respecto a la llamada nueva Iglesia post-conciliar, sin separarse lo más mínimo de la única y eterna Iglesia, e igualmente hubo de tomarlas respecto a una determinada monarquía laicista susceptible que quitarse un día la corona, y ello sin rehusar fidelidad a la auténtica monarquía tradicional.

La huella que Eugenio Vegas ha dejado en toda una generación de pensamiento contrarrevolucionario permanecerá indeleble, así como su ejemplo en la historia cercana de nuestra patria.

(1) Gonzalo Fernández de la Mora: «Un animador intelectual», en *El Alcázar* de 20 de septiembre de 1985 y *ABC* de la misma fecha.